

MAEZTU, ANTONIO MACHADO Y "EL NACIONALCATOLICISMO"

4-5-74

LAS relaciones entre Maeztu y Antonio Machado, además del fondo de humana cordialidad que reflejan, ofrecen un aspecto intelectual interesante en extremo. En él queremos insistir, porque, pese a su trascendencia y actualidad, no se ha alreado bastante. Nos referimos, en concreto, a la carta con la que Antonio Machado acusó recibo del ejemplar de «Defensa de la Hispanidad» que le envió su autor a raíz de publicarla. Fue tardíamente dada a la luz en este mismo diario, el 29 de octubre de 1959.

Su pensamiento central es éste: «Lo que juzgo difícil, querido Maeztu, es que se despierte en España una corriente de orgullo españolista parecida al patriotismo de los franceses o de otros pueblos. Porque lo específicamente español es la modestia... Y es que el español, y especialmente el castellano, tiene el «orgullo modesto», quiero decir, el orgullo profundo, basado siempre en lo esencial humano, que no puede ser español ni francés ni teutón. En esta opinión me confirma la lectura de su libro... También es cierto que esta sobreestimación de lo humano tiene el fondo religioso cristiano que usted señala. Pero, por eso mismo, no es fácil que salgamos por el mundo a darnos pisto de españoles; y si sacamos la espada, antes será por Dios o por el diablo que por España. Porque España ha sido siempre muy poca cosa para un español. Tal vez sea esta la causa de nuestra decadencia actual y de nuestra pasada grandeza.»

Abundan los matices en esta carta y, por ello, rogamos que se nos disculpe lo largo de la cita. Aun así, no critica a Maeztu, antes bien, se apoya en sus ideas para manifestar las propias, no deja de salir al paso de ciertos prejuicios que, por fortuna, no echaron modernamente raíces entre nosotros. En cierto modo viene a coincidir con el homenaje que le rendía Georges Bernanos a Maeztu en «Le Figaro» del 12 de septiembre de 1936, poco antes de que este célebre autor francés se enfrascase en el frenesí de su feroz diatriba de «Les grands cimetières sous la lune»: «El insigne y trágico destino de España es que no se encuentra a sí misma más que en la grandeza, porque si bien España soporta admirablemente la pobreza, la humillación es más funesta para ella que para ningún otro pueblo. Y la primera, si no la única condición de su grandeza, es esta unidad espiritual que trata de reconquistar, desde que la perdió, a hierro y fuego, aunque ello ponga en peligro su propia existencia.»

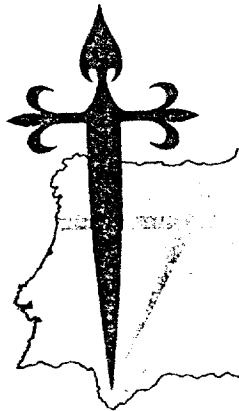
Maeztu, en uno de sus mejores artículos entre los publicados escasos meses antes de su muerte, «Poetas de España», del 13 de abril de 1936, recogido en *En vísperas de la tragedia*. Se ocupa expresamente de este pensamiento de A. Machado. Primero, se hace la pregunta: «¿Por qué no logró infundir Rubén su patriotismo hispánico a los poetas españoles?», para responder a renglón seguido: «Creo que fue Antonio Machado quien lo explicaba diciendo que los españoles se matarán mejor por Jesucristo o por la libertad o por el comunismo que no por España. ¡Tan universalistas somos! ¿Y cómo dudar del universalismo de los españoles, si en ello precisamente consiste la grandeza histórica de España?» Conocida hoy la mencionada carta, el «creo» con que Maeztu trae a colación el pensamiento de Machado resulta tan socorrido como fundado, en una cita que por delicadeza no podía ser más explícita, aunque no por ello menos significativa.

Pero léase con detenimiento el artículo de Maeztu, «Poetas de España», con los comentarios aducidos de Machado y Bernanos,

y dígasenos si puede haber en su obra definitiva la más leve sombra de chauvinismo o de instrumentalización de la religión al servicio de algo que fuere a ella extraño. Proclama en él a los cuatro vientos que no son muchos los que han llegado a ver con claridad que España había sido el Cristo de los pueblos, y espera «que un día de estos llegarán a comprenderlo los poetas. Rubén lo entrevió, creador más dionisiaco que apolíneo, y esta es la razón de su grandeza. No llegó a verlo claro y por eso no lo pudo hacer ver a los demás.»

La expresión «España, Cristo de los pueblos», ya la había usado Maeztu, que separamos, en su paráfrasis «Salmos de España», publicada en «Ahora» el 4 de abril de 1931. Pero es en aquel artículo donde su vi-

DEFENSA DE LA HISPANIDAD



Ramiro de Maeztu

sion resulta más profunda y conmovedora. Quienes conozcan algo de su trayectoria vital e intelectual la verán reflejada en sus palabras, que nos recuerdan las de tantos de nuestros compatriotas, de ayer y de hoy, que han estado durante largo tiempo enredados con nuestra madre España porque se negó a salvarse a sí misma, reprochándoles desde hace dos siglos su generosidad suicida. ¿Por qué en vez de enviar a América...? ¿Por qué en lugar de salvar a Europa...? ¿Por qué no se acomodó con los judíos y con los moriscos...? ¿Por qué no se enriqueció? ¿Por qué se despobló? ¿Por qué fuimos Quijotes? ¿Por qué? ¿Por qué?...

Atina Maeztu con nadie con la respuesta: Un día comprendieron los discípulos del Nazareno que su Maestro no había querido salvarse a sí mismo ni a su pueblo, porque había venido a salvar algo más importante.

Pero, a lo que íbamos, Maeztu confiaba en que los poetas de España verán algún día que su Patria no se quiso salvar a sí misma porque tenía que hacer algo que no podían o no querían hacer los demás pueblos... ¿Una causa universal?, preguntaba para responder: el día en que descubran nuestros poetas que España es el ideal universal que el mundo necesita para salir de sus egoísmos de nación, de raza y de clase habrán sonado las campanas de la Resurrección, y no sólo para nosotros.

Antonio Machado, aunque por otros derroteros, no se halla sin embargo, como he-

mos visto, tan alejado de este pensamiento. Por lo pronto, considera que Rubén Darío era «mucho más grande que todo cuanto se ha dicho de él». Como otros muchos entre los más salientes intelectuales europeos, Machado acentuó con la gran guerra europea su duda en la santidad del patriotismo tal como se alreaba allende nuestras fronteras. Le obsesionó el cristianismo del pueblo ruso, y si cayó, como Unamuno, en un lamentable tolstolismo, no obstante se preocupó siempre del tema cristiano: «donde haya un hombre, nos dice Cristo, allí está la Humanidad entera». Ciertamente que en su preocupación por una comunidad cordial, luchó, silenciosa y angustiosamente —sin que le abandonara la quimérica sombra unanimitaria— por solucionar la pugna entre su fe de solipsista y la revelación de Cristo; y, en suma, lo que nos dice de la esencial heterogeneidad del ser no resiste, en última instancia, una equiparación incuestionable con la concepción católica, eminentemente tan real como espiritual que inspira Maeztu, y que Bernanos llegó a comprender cuando, en el mismo corazón de Europa, proclamó: lo esencial del mensaje que el mundo moderno, desgarrado por odios elementales, puede escuchar hoy de la gran nación ecuménica está contenido en unas palabras de «Defensa de la Hispanidad», rubricada por la muerte de su autor que honra a todos los hombres que piensan, es decir, a los que tienen su pensamiento por mil veces más precioso que su vida. Uno de los pocos pensamientos, según Bernanos, que «superándose a sí mismos, deberían de unir en vez de dividir porque es un pensamiento que libera».

Pero si el bueno de don Ramiro de Maeztu, que, poco antes de morir, en su artículo «N pesimista ni optimista», del 18 de mayo de 1936, recogido también en *En vísperas de la tragedia*, manifestaba su alborozo porque empezaban a menudear «los signos de que las ideas de lo que pudiera llamarse el nacionalismo español, dando a la palabra nacionalismo sentido espiritual y no natural comienzan a ganar también a sus antiguos enemigos»; si el bueno de don Ramiro levantara la cabeza y viese, ahora, cómo un pensamiento tan limpio, tan generoso y, en definitiva, tan incuestionablemente cristiano como el suyo, con claros e innegables antecedentes en una lista egregia de respetabilísimos pensadores, ha dado pie para que sea vituperado de nacional-catolicismo, ¿qué nos diría?

Los padres del mal llamado «nacionalismo español» si de algo pecaban, desde el punto de vista nacionalista, es de universalismo. Lo de nacionalcatolicismo no es más que aviesa intención, ánimo envenenado de despertar conocidos reflejos de una especie de nacional-socialismo hitleriano, violentando las áreas semánticas, forzando la equívocidad y ambigüedad en torno a dos temas claramente perfilados, catolicismo y nación, pasando sobre la santidad, la probidad y el patriotismo insobornable de los españoles más preclaros que, a lo largo de nuestra historia, han estado muy lejos de sospechar esta injuriosa caricatura. Sin embargo, este vituperio lo pregonan hoy alguna que otra sotana arriscada, sin que falte tampoco la rara alusión del auxiliar de turno. ¿De qué se trata? ¿Son, acaso, ladillas del mismo epicentro testicular de Satanás o pobres almas en un melonar perdidas? Confiemos en que nuestro humanismo cristiano, sobre el que tanto Maeztu como los Machado —Manuel también dijo sobre él palabras definitivas—, ese humanismo que explica la gran indulgencia y comprensión que campea en todos los órdenes de la vida española —porque lo curioso es que en España no hay, en este campo, gran diferencia entre la persuasión de los descreídos y la de los creyentes— diga, al final, pese al latargo del espíritu que momentáneamente nos invade, su palabra siempre consoladora.

Vicente MARRERO

ABC, 4-V-1975